

GALLO QUE NO CANTA

BIBLIOTECA DE CUENTO CONTEMPORÁNEO

Nº 54

GALLO QUE NO CANTA

por

Mauricio Miranda

gto
orgullo y
compromiso
de todos

Instituto Estatal
de la Cultura



EDICIONES LA RANA

*F*ICTICIA

MÉXICO
2016

La presente obra es resultado del Seminario para las Letras Guanajuatenses de Cuento Efrén Hernández 2015, con el patrocinio de la Secretaría de Cultura del Gobierno Federal. El seminario tuvo como asesor a Marcial Fernández.

GALLO QUE NO CANTA

D.R. © Mauricio Miranda

D.R. © Ficticia S. de R.L. de C.V.

D.R. © Ediciones La Rana

Instituto Estatal de la Cultura de Guanajuato

Plazuela de Cata núm. 1

36010 Guanajuato, Gto

Primera edición: septiembre 2016

FICTICIA EDITORIAL

Editor: Marcial Fernández

Diseño de la colección: Rodrigo Toledo Crow

Diseño del libro: Armando Hatzacorsian

Cuidado de la edición: Mónica Villa

Magnolia 11, Col. San Ángel Inn, C.P. 01060, Ciudad de México

www.ficticia.com

libreria@ficticia.com

Ficticia Editorial es miembro fundador de la AEMI

(Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes)

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la previa autorización por escrito de los titulares de los derechos de autor.

ISBN: 978-607-521-075-9

Impreso y hecho en México

CONTENIDO

GALLO QUE NO CANTA	11
AIRE	19
KNORR SUIZA	23
“MI DELITO MAYOR FUE QUERERTE...”	29
EL GINECÓLOGO.....	37
SANSÓN	47
AGUA.....	53
LA VIDA DE LAS FLORES	57
EL CALOR.....	65
EL CARRUSEL	69
OLVIDO	75
NEGOCIOS DEL TERCER MUNDO	79
CRÓNICA DEL ABURRIMIENTO.....	83

Para Esmeralda

GALLO QUE NO CANTA

MI hermana Griselda se fue quedando chiquita. Sus demás amigas de la escuela se estiraban y crecían sus caras, sus pies y, en algunos casos, sus pechos, pero mi hermana era cada vez más pequeña. A los diez años aún se vestía con la ropa de talla 3, que luego le dejaba de quedar porque con el uso las prendas se hacían grandes.

El problema era mi mamá, pues le gustaba ir a reuniones y fiestas, pero no acompañada por un fenómeno de circo, como le había dicho a mi papá un día que Griselda y yo nos ocultamos para escuchar de qué platicaban.

Griselda era muy buena para esconderse, cabía incluso en un cajón, siempre ganaba en ese juego, pero no le sirvió de nada. Poco a poco se le acabaron las ganas de reír y de jugar. Mis papás tampoco ya se escondían de nosotros cuando peleaban; ninguno de los dos quería cuidarnos; él, porque estaba cansado del trabajo y ella, de tener que estar viendo siempre a Griselda, que al ser tan pequeña se escurría por cualquier resquicio. Mi mamá decía que hasta en sus sueños se la encontraba.

Durante algunos días todo fue felicidad porque el doctor le recetó a mi hermana la hormona de crecimiento. En poco tiempo ella evadiría la mirada morbosa de los que pasaban, mi mamá iba a ser una mamá feliz y mi papá des-

cansaría. La hormona era cara, pero teníamos un terreno que se remató para comprar el tratamiento.

El doctor sugirió que adquirieran lo de dos semanas, pero mi papá dijo que lo mejor era solicitar lo de dos años de una vez, para que no se fuera a gastar el dinero en otra cosa y por eso tuvieron que comprar otro refrigerador para guardar el medicamento.

Dejaron que Griselda —así le dijeron durante esos días— los acompañara a la farmacia e, incluso, le compraron un dulce.

Esa noche fue la última en que hicimos bromas y reímos, como hacía años no pasaba, como en esas fotos de revista en donde se ve una familia que se divierte en un jardín, todos vestidos con ropa blanca, sin zapatos y con grandes sonrisas. Pero muy tempranito volvió la realidad de siempre. Griselda fue al baño y desde ahí nos despertó con sus gritos.

—¡Mamá, mamá! —alargando mucho y de manera muy aguda la última “a”.

Griselda le enseñó sus diminutas manos llenas de sangre.

—Niña estúpida —le dijo mi mamá y regresó a su cuarto seguida de papá. Después supe que el enojo fue porque una vez que comienza la menstruación ya no se puede inyectar la hormona. En aquel momento me tocó explicarle a Griselda qué le estaba pasando porque, al parecer, por chiquita no le habían platicado de eso.

Federico tenía dieciséis años, yo 4 menos que él y éramos amigos. Él lavaba coches por mi rumbo; no muchos, porque más bien se la pasaba platicando conmigo. Un día llegó con un pollo medio desplumado y me explicó que era un gallo de pelea. Le ató una pata con un cordón y el otro extremo lo

sujetó a un árbol, como si se fuera a escapar. Pero el pobre pollo apenas si podía caminar, tenía la mirada extraviada y la boca abierta, como un viejito hospitalizado. Le dije:

—Amárralo bien

Y me reí, pensando que no fuera a ser que el pollo arrancara el árbol y, al arrastrarlo con las raíces llenas de tierra, ensuciara los dos coches que acababa de lavar. En eso llegó Rubén, otro amigo que hacía la limpieza en un gimnasio.

Platicamos durante horas sobre el pollo, Federico nos comentó que, quien se lo vendió, le dijo que el aspecto no importaba, que con una buena alimentación podría desarrollar una fuerza descomunal. De una patada mataría a cualquier gallo que le pusieran enfrente. Federico había estado una vez en las peleas de gallos y vio cuando a un señor gordo y de sombrero le dieron, por haber ganado, una pila de billetes así y separó sus manos abiertas como treinta centímetros.

—¡Imagínense un gallo de patada mortífera, que gane una tras otra las doce peleas que hay en la feria!

Yo hice la multiplicación y resultaba una torre de billetes de casi cuatro metros de altura. El problema era que Federico no tenía dinero para el alimento fortificado por la falta de chamba. Rubén, entusiasmado, dijo que a lo mejor funcionaba el polvo que usaban en el gimnasio; él había visto la manera en que chavitos que eran puro hueso, se transformaban en güeyes súper musculosos. Y cumplió, porque al otro día llegó con un bote negro, lo sacó de su mochila y dijo:

—Miren pendejos.

Nosotros vimos que al señor que estaba en la etiqueta, no le cabía ni un músculo. Incluso los párpados los tenía más gruesos de lo normal; seguro que cuando los cerraba sonaba *pas*, como mordida de cocodrilo.

—Si así queda el gallo, ese dinero es nuestro —les dije y los tres la chocamos.

Al día siguiente Federico nos platicó que había revuelto el polvo con sobras de comida, pero que el pollo no quiso tragar. Rubén y yo hicimos “uuuu”, pero él nos interrumpió.

—Esperen, esperen. Después de una hora me enojé y que le agarro la cabeza y se la hundo en el alimento. “¡Come, cabrón!” le dije. El pollo empezó a respirar raro, como si se estuviera ahogando. Por eso decidí mejor irme a dormir, “come si quieres”, pensé, pero en la mañana no estaba ni el plato.

—Guau —dije, y Rubén preguntó:

—¿Se comió el plato?

Federico se rio y contestó:

—No, luego encontré el plato arrumbado por allá, pero sí estaba un poco roto. Como que le dio una mordida, como que tiene un chorro de fuerza.

Los tres la chocamos con mucha emoción.

Otro día me acordé y les dije:

—Oigan, oigan, ya sé que más le podemos hacer, hay que inyectarle hormona de crecimiento, tengo un refrigerador lleno de esa madre.

Federico alegó que con las hormonas se volvían jotos, pero le expliqué que no era una hormona sexual, y Rubén dijo que también la usaban en el gimnasio, que eso mejoraba cañón los resultados. Me pareció entonces una suerte que en la farmacia no aceptaran devoluciones y que, en un acceso de coraje, mi mamá no hubiera desconectado el refrigerador.

Entré a la cocina y abrí despacio la puerta blanca para que no me fueran a escuchar. Salió el vapor frío y aparecieron ante mí las ciento y tantas cajas ordenadas como lingotes de oro. Saqué algunas y se las llevé a Federico, le

expliqué que tenían que estar en el refrigerador y dijo “sí, sí”, y las metió en la parte de atrás de su bicicleta.

—No, no puedes dejarlas en el sol —le grité, y puso su bicicleta en la sombra.

Día a día Federico nos contaba los avances del gallo: que pesaba como 5 kilos, que la otra vez había roto la puerta del gallinero, que le estaba enseñando a pelear con espones de entrenamiento que eran como unos mini guantes de box y demás cosas. De nosotros salió que mejor no lo sacara para que no le fuera a pasar algo. Nunca lo habíamos visto porque Federico vivía en un ranchito que estaba después de la ciudad, a donde no llegaba ni el camión.

Cuando teníamos algo de dinero se lo dábamos a Federico para completar lo del alimento, porque éramos socios. Yo le daba la hormona y Rubén el polvo cada que se robaba un bote del gimnasio. Federico también empezó a desarrollar músculos y Rubén lo acusó de comerse el polvo. Yo dije:

—¿Cómo crees?

Pero Rubén insistía. Después de mucho rato Federico aceptó que también se tomaba sus licuados, porque necesitaba aparentar ser más grande para que lo dejaran entrar a las peleas de gallos. A mí me pareció razonable y también Rubén estuvo de acuerdo. Le di mi celular para que tomara un video del gallo y nos lo trajera. Federico se fue y no volvió por más de un mes.

Rubén también dejó de ir. El dueño del gimnasio vino a buscarlo, pero yo no sabía nada. Me preguntó por los botes de anabólicos, pero pues yo no sabía. Me levantó de la camiseta y me dijo que Rubén se juntaba conmigo, que me iba a echar a la judicial. Mis pies volaban a veinte o treinta centímetros del suelo y no contesté nada. Me aventó y se

fue muy enojado. Yo caí de nalgas y me dolió tanto que no sabía si llorar o reír. A los pocos minutos apareció otra vez Federico, estaba completamente desaliñado y no traía gorra ni bicicleta. Quiso saludarme como si nada hubiera pasado. Yo le pregunté por mi celular.

—Se me cayó, güey —explicó—. Me lo metí en la bolsa de atrás, tú viste, y el pinche celular se salió. Se rompió todo, pero eso qué, el gallo va poca madre. Ya no come semillitas chiquitas, le tengo que dar semillas grandes, de aguacate y así.

Yo me volví a entusiasmar y hasta la choqué con él.

—¿Neta? —pregunté.

—No sabes, me llega hasta aquí —hizo como si estuviera saludando a la bandera—. Parece perro de pelea, de esos que tienen cara de plátano. Hasta a mí me da miedo.

Yo estaba más que impresionado. Parecía falso, pero tenía evidencia para creerle. Griselda se había quedado súper pequeña por la falta de hormona y con ésta hubiera crecido al menos un metro más; un metro era lo que medía el gallo. Todo cuadraba.

—Pero ¿por qué te ves así? —le pregunté y me dijo que había estado de la fregada, que había tenido que construir un gallinero más grande y resistente, pero no había pedo, él pagaba eso, para algo éramos socios. Tenía varios días sin dormir porque el gallo se levantaba a la una y gritaba.

—Cacaraquea —corregí, pero él continuó:

—Grita de la puritita chingada, más fuerte que un caballo. ¿Has oído a un caballo aquí en la oreja?

—No —contesté—. Oye, está a punto de empezar la feria, ¿no?

—Por eso vengo, necesito pagar la camioneta para trasladar al gallo.

Me quedé pensando.

—¡Lo tengo! —dije, porque recordé la colección de monedas que le regalaron a Griselda cuando aún no sabían de su problema. Era su tesoro máspreciado, pero si todo salía como parecía que iba a salir, le podría comprar varias colecciones. Le llevé las monedas a Federico y la chocamos súper fuerte.

—Ya la hicimos —dije, y la volvimos a chocar.

Federico volvió a los dos días sin dinero y con una fotocopia. Había llegado a la feria.

—¿Y qué crees que pasó? —me preguntó para contarme que varios de ahí se impresionaron al ver al gallo, pero un señor gordo y de sombrero le dijo que ese gallo no podía participar por la normatividad.

—Ni madres, a mí me inscriben porque me inscriben.

Le enseñaron el reglamento y hasta le dieron una copia. Federico me mostró la hoja y leí el artículo 30 bis que su dedo apuntaba. Claramente decía que la altura máxima de un gallo era de 70 centímetros. Federico gastó lo que le di en el flete de ida y pensaba comprar una camioneta después de ganar la pelea, pero así se quedó con el gallo y sin un centavo.

Se le ocurrió entonces ir a donde tienen los animales monstruosos en exhibición y luego luego el dueño de un local aceptó darle el 20% de sus ventas. Federico se paró con el gallo en la mera entrada y la gente empezó a rodearlos, a comprar boletos. Veían que era un gallo de verdad, no como los demás animales que eran pura farsa.

El negocio iba bien, en media hora como 45 personas habían pagado su boleto, pero al gallo le dio hambre y *pas*, que a la pasada le arranca la pierna a un bebé.

—No chingues —le dije—. Eso hubiera salido en las noticias.

—Claro que no —contestó Federico—. ¿No ves que si ponen algo así no va nadie a la feria? El dueño del local me

dijo que me fuera y que me llevara a mi gallo. Y ahí vengo yo a media noche hasta llegar a mi casa. Tuve que tirar al gallo en el cerro porque no me quedó ni un centavo para darle de comer. Tampoco quería seguir escuchando sus gritos todas las madrugadas.

Ni ánimo tuve para decirle que era cacaraqueo. Le dije:
—Ahí nos vemos —sin chocarla.

Desde que Griselda se dio cuenta que no estaba su colección de monedas ha estado llorando bajito para que no la regañen. Me duele de verdad porque mi intención no era dejarla sin nada, lo hice por su bien.

—No llores, Gris —le dije con cariño—. Luego te compraré otras monedas. Y ella sollozó, pero la verdad es que no tengo cómo comprárselas, fue una mentira para que se sintiera mejor.

Han pasado los meses y yo sigo en mi cuarto viendo la televisión por las tardes. Así mi papá no me ha dicho que me junto con puros vagos. Así la judicial, si es que vino, no me encontró. Aún nadie se da cuenta que la mitad de la hormona desapareció, pero yo de eso no sé nada. Poco a poco me he convencido que lo del gallo no era cierto; sin embargo, no tengo la seguridad. Es verdad que con el polvo hay resultados espectaculares, que los celulares se caen de las bolsas de atrás, que el reglamento establece una altura máxima y, además, ayer en las noticias salieron los pedazos de un niño que encontraron por el cerro Huacuja. El comandante de la policía aseveró que lo habían matado los perros que hay por ahí, pero los defensores de animales dijeron que esas declaraciones son falsas, porque no había signos de mordidas con colmillos.

AIRE

*Heces caninas: un creciente,
enigmático y fétido problema*

Titular de la revista *Proceso*

Samuel siempre le pareció un ángel. Cuando necesitaba dinero para una torta, él se lo prestaba; cuando se le hacía tarde en la oficina, él la acompañaba en taxi para que no se fuera sola y para que no pagara.

Era muy feo y muy viejo para ser un ángel, pero Josefina siempre lo consideró como tal. Quizás ella usaba ese calificativo sin detenerse a pensar si era el más adecuado, sin percibir el contraste entre los hermosos rostros infantiles de las pinturas que conocía sobre ángeles y la cara de Samuel.

Ella se asustó mucho cuando el director comenzó a gritarle delante de todos. Samuel le puso su mano en el hombro para tranquilizarla y ella la quitó con furia. Le dijo:

—Ahorita no me molestes.

Josefina no le rebatía nada al director, sólo agachaba la cabeza y decía: —Sí, sí, claro que sí, no se preocupe.

Cuando el director se fue, Samuel ya no estaba. Josefina pensó que quizá había salido por un refresco o algo así, sentía pena por haberlo tratado mal, pero ¿a quién se le ocurre intervenir en un momento tan inapropiado? Ella nunca volvió a verlo.

PARA LA ELABORACIÓN DE ESTE LIBRO SE UTILIZÓ EL TIPO MINION; EL PAPEL FUE BOND CREMA DE 90 GR. LA IMPRESIÓN Y ENCUADERNACIÓN DE *GALLO QUE NO CANTA* FUERON REALIZADAS POR JOSÉ RAMÓN AYALA TIERRAFRÍA, JOSÉ ROMÁN LÓPEZ GONZÁLEZ Y MIGUEL ÁNGEL SOLANO CUÉLLAR EN EL TALLER DEL IEC, EN OCTUBRE DE 2016. EL TIRAJE FUE DE 1000 EJEMPLARES.